

CAPITULO 1

Una fecha cargada de unos

11.11.11

Dos meses antes, un 11 de noviembre de 2011, festividad de San Martiño en Ourense, patrón de mi ciudad natal, comenzaba para nosotros la historia del naufragio más famoso del siglo XXI: la del Costa Concordia, tantas veces comparada con otra, la del RMS Titánic, aquel famoso transatlántico británico llevado al cine en varias ocasiones, que tuvo el triste honor de ser el mayor barco de pasajeros del mundo en el momento de su terminación y que se hundió en la noche del 14 al 15 de abril de 1912 durante su viaje inaugural desde Southampton a Nueva York. En el hundimiento del Titánic murieron 1.514 personas de las 2.223 que iban a bordo, lo que convierte a esta tragedia en uno de los mayores naufragios de la historia ocurridos en tiempo de paz en todo el mundo. La nuestra, la del Costa Concordia, no había sido tan grave, (de casualidad por cierto) y pese a que habían transcurrido la friolera de casi cien años aquel 13 de enero de 2012 y habían cambiado muchas cosas en este mundo, a nivel económico, social, político y sobre todo tecnológico.

El Costa Concordia estuvo a punto de hundirse en una fosa de 70 metros en el Tirreno, que hubiese supuesto seguramente el fallecimiento de la mitad del pasaje, pero la suerte nos acompañó y

quedó posado sobre el fondo marino próximo a la costa, lo que permitió que la tragedia no fuese tan grave. En todo caso los 32 muertos reducían la tragedia a una anécdota, comparada con el *Titánic* y con los miles de refugiados procedentes de Oriente Medio que a diario perdían la vida en las mismas aguas, las del Mar Mediterráneo, para alcanzar la ansiada Europa. Un drama que parecía no tener fin en la segunda década del nuevo siglo y al que pocos mandatarios prestaban la suficiente atención y el común de los mortales ya lo veíamos, por desgracia, como normal en la televisión.

La normalidad o lo que así se definía de forma tradicional, ya que llega un momento en el que cuesta diferenciar lo que es normal y lo que no, no iba con Isabel, mi mujer, y conmigo, esto era algo que repetía una y otra vez a lo largo de nuestra existencia en común. Inquietos, con proyectos constantes, decepcionados muchas veces pero con ganas de hacer cosas y poco conformistas, siempre formábamos parte de la excepción, nunca la normalidad. Siempre acabábamos por el camino más difícil cualquier cuestión que emprendiésemos, lo fácil no iba con nosotros. Esta situación que ya empezábamos a interiorizar no era algo que nos molestase. Sólo había que buscar la cara positiva, pero si es cierto que en ocasiones acababa cansando he de reconocerlo. Irse de vacaciones con más de un argumento de necesidad y que el buque en el que viajas se vaya a pique en el año 2012 no parecía normal, nadie lo creería ni sospecharía; esas cosas no pasaban en 2012 pero a nosotros, si, era nuestra vida.

En aquel momento vivíamos en Vigo, después de haber pasado por otras localidades en los últimos tiempos. Sin supersticiones, casualidades ni seguimiento por la numerología, acudí a una agencia de viajes de la ciudad olívica para adquirir un paquete vacacional aquel día cargado de unos en el calendario: día 11 del mes 11 del año 11.

Estaba en paro desde hacía unos meses, como muchos millones de españoles, pero me hacía falta a mi y a Isabel el descanso vacacional.

El 2011 había sido un año duro. Yo había perdido mi empleo en el mundo de la comunicación, en el que había trabajado casi toda mi vida profesional y había decidido cambiar, dejar a un lado un sector muy castigado por la crisis económica mundial que nos golpeaba desde hacía varios años en general y por las connotaciones particulares de la crisis española, caracterizada por el estallido de la burbuja inmobiliaria en particular, y decidí apostar por mi afición, por el mundo de las setas, y emprender un negocio que en aquellos meses de 2011 daba sus primeros pasos. Un proyecto distinto, alternativo y arriesgado, cargado de dificultades pero también de ilusión. Trabas por un lado y otro que en algún momento llegaron a hacerme perder la paciencia y pensar en abandonar. Los titulares en la prensa hablaban del apoyo a emprendedores, facilidades de las administraciones, reducción de cuotas de la Seguridad Social obligatoria, rapidez en la concesión de licencias, ayudas, pero la realidad era muy distinta y más en un pequeño pueblo del interior de una provincia como Ourense donde había proyectado mi empresa. En más de una ocasión pensé que me había equivocado de ubicación y en protestar y escribir sobre los falsos anuncios de ayudas y facilidades que no eran más que trampas, cargas fiscales y costes a todos los niveles: municipal, autonómico, estatal... Es justo decir que sí hubo alguna administración apoyando y que fue fundamental para seguir adelante. Emprender en España en 2011 era muy duro y por ello no era difícil observar la apertura y cierre de negocios de diversa índole en cuestión de meses, en el mismo año. Los emprendedores que solicitaban la capitalización de la prestación por desempleo o tiraban de los ahorros familiares para montar un pequeño negocio que al poco tiempo se veía abocado al fracaso por falta de mercado, profesionalización deficiente y la propia situación de crisis del país. En determinados sectores y espacios la rotación era brutal y la ausencia de constancia era evidente. Daba la impresión de que siempre pagábamos todo los

mismos y que había grandes defraudadores, estafadores y delincuentes de toda categoría social que eran capaces de librarse de todos los males, muchos de ellos protagonistas en los medios de comunicación social.

Me gustaba el mundo de las letras y de la actualidad y después de mi último empleo en el sector de la comunicación aún me presenté a varias entrevistas de trabajo en medios para seguir ligado a un sector que siempre me había fascinado, pero poco a poco empecé a darme cuenta que era imposible. Más tarde confirmaría aquello de que no hay nada imposible, pero eso es otra historia que no viene al caso. Incluso participé en una de esas selecciones en grupo competitivas tan de moda que realizaban empresas especializadas en captación de personal, ante la masiva asistencia de candidatos para cubrir cualquier plaza laboral, pero al final mi característica sinceridad e ideario definido dio al traste con un empleo que tampoco me convenía demasiado por las condiciones que suponía. Las condiciones de los trabajadores no hacían más que empeorar por la crisis, pero los emprendedores tampoco lo tenían nada fácil no obstante, empezaba una nueva etapa, todo lo indicaba así. Tocaba ser emprendedor y estaba de moda, y las setas, también estaban de moda y tenía cierto prestigio saber distinguir-las, como diferenciar las variedades de un buen vino.

El año de Isabel no había sido menos duro que el mío. Con trabajo en precario en la Universidad por la que apostaba desde hacía muchos años, y cierto desánimo por ello, acababa de defender su tesis doctoral unos meses atrás. Todo aquel que haya leído una tesis sabe lo duro que es el proceso en general y la parte final en particular. Horas y horas de estudio, investigación y trabajo que impedían dedicar el tiempo correspondiente al ocio y al resto de cuestiones vitales que pasaban a un segundo plano. No habíamos salido casi de casa en muchos meses. Ni pisado la playa en el verano de 2011 pese a tenerla cerca, a la vista a diario. Había razones

para dedicar unos días al desconocido ocio. Sólo recuerdo una excepción y curiosamente también había un barco de por medio y fue la visita que hicimos a la Illa de Ons. En aquel caso nos trasladamos desde Vigo a Bueu en coche y allí cogimos el barco que une la costa pontevedresa con la isla sin sospechar lo que nos acontecería solo unos meses después en otra embarcación de la que llegamos a pensar que no podríamos salir vivos.

La verdad es que Ons es un paraíso, un paraíso perdido y ciertamente descuidado. Es la principal isla del archipiélago del mismo nombre que conforma junto a la vecina Onzeta u Onza y otros pequeños islotes que se ven a simple vista desde la costa gallega. Este archipiélago, junto con el de las Illas Cíes, el archipiélago de Sálvora y el de Cortegada, forman el Parque Nacional de las Illas Atlánticas de Galicia, un auténtico paraíso natural que curiosamente visitaban cientos de cruceristas que llegaban al Puerto de Vigo a bordo de naves de distintas nacionalidades, ¡cuantas casualidades y cuantas señales!. Vigo ocupa el primer puesto en tráfico de pasajeros de todo el norte peninsular, manteniendo durante los últimos años una media anual de 100 escalas y más de 215.000 pasajeros, cifras de gran peso. Habitada por menos de un centenar de personas, Ons llegó a tener 530 habitantes en el siglo XX en sus más de cinco kilómetros de superficie y es protagonista de una interesante y curiosa historia. Con referencias desde hace dos mil años y tras pasar por numerosas manos, la propiedad está actualmente en manos de la Xunta de Galicia. Pasamos la noche en el único negocio de hostelería que existía al efecto, al margen del camping, fórmula de la que no éramos nada seguidores, y la recuerdo como una de las más accidentadas de mi vida. No sólo por que la luz dejaba de funcionar a una determinada hora al apagarse los generadores principales, con las incomodidades que esto conlleva, ya que no había conexión eléctrica con la costa, sino por la humedad que me impedía respirar en la casa en la que nos alojábamos y que volvería a sentir unas horas